

Nuestros Autores Comentados
en el Extranjero

El Positivismo Argentino

De Ricaurte Soler. (*Clarín*, Suplemento Literario,
Buenos Aires, 17 (1e Abril (1e 1960)).

ES curioso que deba llegarnos desde Panamá el estudio más completo que se haya producido hasta ahora acerca de los alcances filosóficos y sociológicos del positivismo argentino. El autor, que trabajó intensamente su tema en París, ha manejado una bibliografía exhaustiva, que le permite valorar todo cuanto el positivismo argentino representó como proyección cultural extendida sobre los demás países de América latina. Para Soler, siguiendo las nuevas investigaciones historiográficas, el positivismo argentino sólo por necesidad de léxico puede inscribirse en esa orden de pensamientos; le parece que se trata, más bien, de un naturalismo que tiende a proyectar la filosofía hacia escenarios más vastos. Así como el positivismo argentino no sufrió decisivamente, según el autor, la impronta de Spencer, apareciendo como un esfuerzo por superar sus cuadros filosóficos y sociológicos, tampoco puede considerárselo -prosigue- como in-

serio en las tendencias mecanicistas o intelectualistas, que igualmente se esfuerza en romper desde el interior de una concepción filosófica profundamente naturalista. En virtud de tales puntos de partida, Ricaurte Soler divide su investigación en dos grandes partes: el pensamiento filosófico y el pensamiento sociológico. Bien que ambos se interrelacionen y confundan, procura sin embargo definir sus respectivos campos en un ensayo de sistematización verdaderamente notable. En el terreno de la filosofía propiamente dicha, el autor encuentra los orígenes del positivismo argentino en la labor creadora. (1e Amédée Jacques; examina luego la concepción naturalista de Ameghino y sus proyecciones en Senet y otros pensadores; juzga el monismo naturalista y la metafísica de la experiencia de José Ingenieros, y parte de las imputaciones sociológicas contenidas en su obra para encarar el origen y significado histórico del pensamiento sociológico carac-

terístico del positivismo argentino. Ya en este terreno concreto, el autor examina el biologicismo de Ramos Mejía, el spencerismo de Matienzo, la psicociología de Erige, la ética positiva de Ferreira, etc., para llegar finalmente, en el capítulo de conclusiones y perspectivas, a un ensayo de ubicación histórica; según Soler, el Positivismo se relaciona, primero, con la democracia liberal y con los grupos sociales

que constituyen su infraestructura. Ello explica, a su juicio que el positivismo clásico europeo no se mostrara válido para la nueva situación histórica creada en la Argentina. Una completísima bibliografía enriquece este notable libro, que viene a arrojar nueva luz sobre diferentes aspectos de nuestra evolución ideológica como un conocedor profundo de la realidad argentina. (Edición de la L Nacional. Panamá).

El Positivismo Argentino

De Ricaurte Soler. Por Julio L. Peluffo. (*Cuadernos de Cultura*, N° 43. Buenos Aires, Septiembre- Octubre de 1959).

ES SEGURO que en la historiografía del pensamiento latinoamericano existen -motivos (le estudio que requieren más profundos análisis y mayores precisiones. De ella se puede afirmar, sin correr el riesgo de algún autorizado desmentido, que no puede ser comprendida en función de un mero eco de las corrientes similares del pensamiento europeo, carente de total originalidad y repitiendo conceptos que sólo ofrecen modestas variantes de circunstancias. Eliminado el prejuicio definitivamente, son otras las medidas -para el estudio y la crítica de la historiografía. El libro de Ricaurte Soler lo

demuestra muy cumplidamente al estudiar lo que tiene de propio y original -diríamos específico- el positivismo argentino, pues de eso se trata y no del positivismo en la Argentina.

Dos recaudos previos son señalados como fundamentos del libro. Entiende por positivismo todas las corrientes de pensamiento, definidas por el Vocabulario técnico y crítico de la filosofía de André Lalande, que tienen "como tesis comunes que únicamente el conocimiento de los hechos es fecundo; que el tipo de certeza es suministrado por las ciencias experimentales; que el espíri-

tu humano, en filosofía como en ciencia, no evita el verbalismo o el error más que con la condición de mantenerse sin cesar en contacto con la

expresión y pensamiento

priori". Por lo tanto, no sólo incorpora al agnosticismo spen-

ceriano sino también al cientifismo en cuanto idea 'de que

el espíritu y los métodos científicos deben ser extendidos a todos los dominios de la vida intelectual y moral sin excepción. Asimismo, entiende por

cientifismo 'la pedagogía

metafísica de las tesis y conclusiones fundamentales de la ciencia en un momento dado de su evolución".

El otro recaudo es precisar cómo usa del concepto "pensamiento" que, por supuesto, no posee un contenido semántico diferente al implicado en expresiones comunes, "tales como pensamiento francés, pensamiento occidental". Pero no lo emplea en ese sentido sino como un término aparentemente

vago, a un complejo de fenómenos "ideológicos" u "objetivaciones del espíritu", que José Gays caracteriza de la siguiente manera: "de la vida forma parte un pensamiento que se especializa en pensamiento, filosofía, ciencia. El "pensamiento" es aquel pensa-samiento que no tiene por fon-

do los objetos sistemáticos y trascendentes de la filosofía, sino los objetos inmanentes, humanos, que por propia Da-

turaleza de las cosas, históricas éstas, no se presentan como los eternos temas posibles de un sistema, sino como problemas de circunstancias, es decir, de las (le lugar tiempo más inmediatas, y, por lo mismo, como problemas de resolución ingente; pero que usa como formas los métodos y el estilo de la filosofía y de la ciencia".

Acaso la limitación es más pensada que real. Por nuestra parte no alcanzamos a desentrañar si esa aclaración da un tono especial al estudio de Ricourte Soler y qué variantes ofrecería de haberlo escrito siguiendo el recto sentido semántico del término.

Una tercera advertencia es ya de otra índole. Da a su libro un carácter monográfico, pues voluntariamente lo ha ceñido a ciertos temas, dejando de lado "un sector tan importante como lo es el pensamiento pedagógico", no obstante las repercusiones que el positivismo argentino y el hispanoamericano tuvieron en ese campo tan importante. Lo mismo dice "del pensamiento histórico e historiográfico, del pensamiento científico propiamente dicho, etc. Por lo demás, existen perspectivas

como instrumen-

tos de la metodología científica, que hemos utilizado con cierta parquedad; nos referimos, en particular, a la perspectiva sociológica". Esto no

significa que el autor se ausente completamente de las bases sociales y políticas condicionantes. del tema estudiado; pero no participa más que en las especulaciones puramente intelectuales, sin asumir la [tarea](#). de ubicar a los protagonistas y a las ideas en campos de lucha.

Estas advertencias previas, nos han parecido necesarias para dar, hasta donde es posible on pocas líneas, la imagen de contenido y forma que estructuran el serio estudio de Ricaurte Soler sobre el positivismo argentino.

Un sentimiento de seguridad, un optimismo proyectado hacia el porvenir sin límites precisos, dan la tónica de una expansión general y un entusiasmo coincidente con los fundamentos v con los resultados del "progreso". alcanzando una proyección tan importante como abarcadora. No es para menos: si la ciencia utiliza y aprovecha la, experiencia; si la filosofía, sólidamente instalada, se preocupa por su sistematización y su coherencia interna; si de allí partían los impulsos creadores de la metafísica, de una metafísica que elimina cualquier angustia que no sea la de esperar la revelación de la próxima verdad, para volver a levantar el vuelo de la hipótesis adherida a la obligatoriedad que la engendra; y si la sociología era el campo de aplicación de aquellas conquistas científicas

y filosóficas que daban las medidas para toda certera valoración -conquistas en las que predominaba la biología, que todo lo impregnaba entonces-, absolutamente nada cuesta hacer surgir de tan firmes pilares una ética, tan imbuida de seriedad científica, de utilitarismo, de evolucionista nivelación de valores, de selección natural, y por supuesto con el desenlace obligado de un ateísmo a satisfacción de tantos espíritus burgueses que no podían dudar de la seguridad lograda. Además, tanto real como figuradamente, ignoraban al tremendo señor Brunetiére, aquel de la bancarrota de la ciencia. Es perfectamente explicable el dominio del laicismo entonces; fue una etapa en que la iglesia se aquietó, a la espera de tiempos más propicios; se encontraba a la defensiva y en el capítulo de la enseñanza en retroceso. Fueron muchos los que creyeron que en ese campo de la educación la derrota de la iglesia era definitiva.

Ricaurte Soler establece los caracteres originales del positivismo argentino y se cuida de examinarlo a través de los iniciales planteos intelectualista y mecanicista, citando a los valores más expresivos de los mismos. Entre estos nombres, discrimina con penetración y en la medida requerida, fija los "límites".

Es posible observar por todas partes la influencia de los jefes

y epigonos del positivismo europeo, pero esa influencia no emascula la propia elaboración, pues aparece, visible y reiterado, el esfuerzo creador, la impronta original. En este cauce de interpretación surge el nombre benemérito de José Ingenieros en el primer puesto, hecho diríamos natural, por ser el más estudiado, conocido continentalmente y seguramente el más editado. Lugar especial le dedica a Ameghino, cuyo pensamiento más exacto sería denominarlo naturalismo que positivismo.

Trae otros ejemplos, como el de Carlos Octavio Bunge de especial interés, pues independientemente de las apuntaciones críticas del autor, manejadas con diestro bisturí, nos parece que la losa del olvido pesa más de la cuenta. sobre su nombre, si recordamos el grado de influencia que tuvo en los medios académicos e intelectuales de su tiempo.

Ricaurte Soler sigue en los distintos autores positivistas argentinos, las huellas de la ideología democrático-liberal y de las "doctrinas socialistas". Lo hace en la extensión necesaria a la densidad de su libro y particularmente en José Ingenieros, comprometido a su modo en la corriente revisionista del marxismo. El plu-

ral con respecto a las tendencias socialistas lo usa varias veces. En la pág. 287 al señalar su origen "en las formas más evolucionadas de la ideología democrático-liberal. Así Rivadavia, el estadista que ensayó la realización de los planes más progresistas de la Revolución, delineó un vasto programa de reformas agrarias, pocos años después de la independencia". Sin negar el encuentro, el enfoque nos parece que subestima un hecho muy argentino, reflejo de un pensamiento europeo corporizado en la copiosa inmigración de fines y principios de siglo, que en el capítulo de las "doctrinas socialistas" viene expresado por el aporte que hicieron los moldes de Alemania, Francia e Italia, a tal punto, que los dos primeros partidos de América latina, en el orden cronológico, el Partido Socialista y el Partido Comunista, fueron fundados en Buenos Aires y que --polémicas aparte-- demostraban buena influencia de aquel aluvión europeo como las de Rivadavia y Echeverría. Tan es así que sería difícil encontrarle otra génesis a la preocupación de Ricardo Rojas por la restauración nacionalista y a los prejuicios raciales de José Ingenieros, salvo, en este último caso, el parentesco próximo con Juan B. Alberdi, sin importar ahora las dicotomías a establecer en un estudio comparativo.

En ese aspecto el autor establece las diferencias, pero algunas obligan a un planteo más profundo. Sólo mencionarnos la de la pág. 244 a propósito de Juan B. Justo. Al caracterizar el tipo de sus formulaciones socialistas, tan ligadas al tema en debate, apunta la 'profunda influencia que sobre él ejerció el marxismo'.

No creemos en esa "profunda influencia" sin antes establecer los recaudos indispensables, pues dejando de lado el anecdotario de cómo el fundador del Partido Socialista se reía "soberadoramente" de la Dialéctica, allí están sus antecedentes, su conducta frente a la Revolución Rusa y a la primera guerra mundial y también su obra escrita, a comenzar con su divulgada Teoría y práctica de la historia, para poner seriamente en dudas el carácter profundo de esa influencia. Puede invocarse el recuerdo de que no es posible negarle el alto mérito de haber sido el primer traductor de Carlos Marx al castellano. Esa contribución a la cultura está consolidada, pero también es verdad que dejó trunca la empresa y sin sutilezas extremadas, se puede inferir que no la terminó, justamente porque la influencia invocada no tuvo la profundidad que le adjudica Ricaurte Soler. El tema tiene mucha importancia para señalar las influencias que moldearon el *pensamiento* de los positivistas

argentinos con la mayor precisión posible, tanto más si se toma en cuenta la predominante significación que el marxismo-leninismo asume en el mundo de hoy. Además esa necesidad ya se hacía sentir con fuerza en los tiempos vividos por mudos de los nombrados en las páginas del libro.

El positivismo argentino, de acuerdo a las características apuntadas en el libro, a partir del '80, deja sus huellas por todas partes, configurando una importante etapa de la cultura argentina. A su amparo aparecieron teorías filosóficas y sociológicas y así lo demuestra el autor, dentro de los límites que se propuso. Desde el '80, coincidiendo en el campo social y político con la crisis de esos años febriles de la capitalización, cubre una etapa que para Ricaurte Soler culminaría en 1920, año en que su influencia era "todavía manifiesta". Creemos que sí, tan manifiesta, que seguramente nadie se opondría a agregar algunos números más a ese tope del '20.

La razón de ese lapso de la cultura argentina es resultado del avance científico de la segunda mitad de la centuria anterior. Durante ese período, salvando las variantes personales, los representantes argentinos, digamos Ameghino, Ramos Mejía, Ingenieros, autores de los esfuerzos teóricos y

científicos más influyentes, se habían instalado como los dirigentes,, como los maestros, y si agregamos a Carlos Octavio Bunge y a Agustín Alvarez, tenemos un cuadro que abarca desde la biología, la sociología, la psicología, la filosofía, la metafísica y la ética -para ajustarnos al esquema monográfico que se impuso el autor-, por lo que la lista, susceptible de ampliarse, viene condicionada.

Por supuesto, el evolucionismo está en el centro de todas las elaboraciones, en su molde se diluya una tradición cultural argentina que se "remonta a las investigaciones y a las teorías psicofisiológicas introducidas por la ideología". —

Analiza el detalle de las diferencias entre unos y otros, pero destaca cómo los contenidos de los trabajos de José Ingenieros, adquieren el carácter de las sistematizaciones más evolucionadas del positivismo argentino.

Estas sistematizaciones asumen un carácter original y ea trance de probarlo se da el aspecto más interesante del estu-

dio crítico de Ricaurte Soler. Hace notar cómo a medida que avanza y se enriquece, abandona la inicial partida intelectualista y macanicista, para as- captar de ella y llegar a tener sus perfiles propios. Ya elaborado, en todo caso al final de su etapa, en su línea ge-

neral no se le puede juzgar ni intelectualista, con su margen peyorativo, ni mecanicista con su margen estrecho. Al fijar posiciones cumple con la obligación de limitar para al caso, "el sentido y el alcance de estos conceptos".

La calificación de intelectualista dada al positivismo en general, según el autor, y por lo tanto al argentino, surge de las consideraciones formuladas en su contra por Bargson, quien oponía la impravisibilidad de la

evolución creadora a la inteli-gibilidad de la evolución mecanicista o finalista. La controversia se hacia en Europa en circunstancias muy distintas a las nuestras, pues aquí seguía creciendo el positivismo an tanto allá, el irracionalismo

bergsonianio surgia con fuer-za en el firmamento filosófico académico y burgués. En la Argentina, Ingenieros escapa de ese dilema formal, pues al acompañar Darwin con Lamarck, diferencia al evolucionismo despojándolo del mecanicismo de la selección natural, agregando al proceso las variaciones que surgen de una necesidad interna. Subrayamos el término despojándolo deliberadamente, pues nos parece que la diferencia no llega a ser esencial en cuanto al carácter de mecanicista o no. En Ingenieros la incorporación de las ideas lamarckianas al esquema darwinista tiene a su favor la mayor amplitud y la

menor rigidez, pero no supera los límites mecanicistas.

Continuando en esa dirección, afirma que el concepto de "experiencia en la filosofía de Ingenieros, muy próximo al concepto marxista de la práctica y al concepto pragmatista de la función, hace imposible el mecanicismo". No nos parece adecuado el argumento, aparece oscuro y confuso. Si se trata de pragmatismo y de experiencia según la ve Ingenieros, sí pueden acercarse y los matices no obstina, pero con respecto "al concepto marxista de la práctica" las diferencias son insalvables, tan insalvables como el "salto" entre lo formal y lo dialéctico. En trance de precisión aquí la diferencia es irreductible.

Al desarrollar sus puntos de vista el autor los individualiza en un cierto "número de teo, vías filosóficas y sociológicas particulares". Nombres conocidos aparecen para corroborar su planteo en el deseo de afirmar en la filosofía positivista argentina un biologismo radical, antimecanicista y antiintelectualista, que "pretendió re-

novar el naturalismo frente al favor que empezaba a gozar el espiritualismo y el idealismo". A favor de las conclusiones científicas de su tiempo, el positivismo argentino desarrolló un naturalismo peculiar. Es interesante hacer notar cómo el autor duda de si el positivismo fue conciente de su signifi-

cación histórica, pero de todos modos "mostró que la superación real del mecanismo evolucionista y de las diferentes especies del intelectualismo positivista no-habrían de fundarse necesariamente sobre el espiritualismo y el idealismo, sino que, por el contrario, esto era posible explotando las virtualidades inherentes al naturalismo filosófico".

Debemos abreviar; tomamos el ejemplo de Ingenieros y ahora éste en el que el autor se nuestra de un optimismo generoso, pues nos queda la duda de si en ese campo encontraría alguna vez la solución, cuando ya una. filosofía en pleno ascenso mostraba, con fuerza temible que el hecho social e histórico era cualitativamente distinto al hecho natural; por eso pensamos que la conciencia, (le su significación histórica padeció de algunas limitaciones, pues en general ignoró tanto al Manifiesto Comunista como a la clase trabajadora, para decirlo con telegráfica brevedad. Este punto de vista también es indispensable para la ubicación de los trabajos y para ubicar las ideas, pues todos "concientes o no" tienen partido, aún en los apacibles campos del pensamiento.

Tiene el positivismo argentino valores propios, es afirmativo, se apoya en la biología y en el evolucionismo; cree fundamentalmente en la ciencia sin claudicaciones; sus llora-

han servido al progreso, sus implicancias tienen siempre el sello de lo racional; es verdad, que mientras los positivistas servían allá a la reacción y al estrujamiento de los pueblos, si coloniales más aún, en estas tierras, con su labor, servían al pueblo y a sus causas. Además son, como dice el autor, esencialmente "críticas", no pretenden conservar la religión "como era el caso de Comte y de Spencer, ni el orden social establecido, como era el caso de la generalidad de los positivistas europeos". Y en cuanto peleaban contra el conservadurismo y el catolicismo se le puede reconocer como lejana prolongación de las Luces.

Las consideraciones realizadas a lo largo de su estudio le permiten pensar que el positivismo se liga con la democracia liberal y con los grupos sociales (burgueses) que constituyen su infraestructura. Lo ve como resultado de dos factores, el primero dado por "la (aceleración

del ritmo his-tórico de la sociedad argentina
"y luego por el carácter "crítico" recordado, con sus implicancias democráticas

Así, entre nosotros, el positivismo se diferencia del cientifismo tradicional europeo y - su positivismo ya en franca y abierta lucha con las clases revolucionarias en ascenso. En la Argentina era otra la situación y se constituye un "positivismo antiintelectualista", biólogo y naturalista, tal era la filosofía que habría de surgir de esta coyuntura históri-

Termina el libro con esas palabras. Ya hicimos las reservas respecto de algunos contenidos del trabajo de Ricaurte Soler. Es un esfuerzo meritorio y de alto valor intelectual; desde ya, queda seguramente incorporado a la indispensable bibliografía para futuras investigaciones, pues los puntos controvertibles abundan en un campo -hoy lo podemos ver con nitidez todos los latinoamericanos- en el cine, predominó la lucha en favor de altas conquistas humanas y de paz; campo justicieramente reivindicado para el progreso y la democracia.

Julio L. Peluffo

El Positivismo Argentino

1) e Ricaurte Soler. Por Juan Carlos Torchia-Estrada. (la. *Revista Interamericana de Bibliografía.*, N° 10. Washington. Junio, 1960).

La etapa del pensamiento filosófico argentino denominada en general "positivista" carecía hasta ahora de un trabajo que la abrazara en su conjunto. Este libro de Ricaurte Soler es, por ello, el primer intento de un estudio global del positivismo argentino. (Imágenes)

Berta Perelstein, *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina*, por tratarse de una obra en la cual el sectarismo político excede largamente al valor historiográfico). El autor ha elegido bien el campo y el resultado de su esfuerzo ha sido sin duda de utilidad para el tema. Dato curioso: el libro fue escrito en París, razón por la cual el autor ha debido valerse en varias oportunidades de traducciones al francés de libros originalmente escritos en castellano.

El propósito del libro es la reconstrucción histórica de las doctrinas positivistas del pensamiento argentino, en su aspecto estrictamente filosófico y en el aspecto que el autor denomina "sociológico", que abarca no sólo ideas sobre la sociedad, sino también sobre la moral, el derecho y la historia.

En la introducción encontramos dos grandes temas. El primero es la distinción entre "pensamiento" y filosofía. Esta distinción entre "pensamiento" y filosofía (en rigor, entre "pensamiento", filosofía, ciencia y pensamiento sin comi-

llas), que el autor toma de José Caos, corresponde a lo que, aplicado al campo histórico, habitualmente se establece entre historia de la filosofía e historia de las ideas. En el primer caso se trata de expresiones filosóficas en sentido estricto, que caen plenamente dentro de cualquiera de las disciplinas filosóficas tradicionales. En el segundo caso se trata (de algo más amplio y menos definido, a saber: la vida de las ideas (filosóficas o teñidas de filosofía), su recepción en ciertos ambientes, su influencia en los movimientos políticos y sociales, la adaptación que de ellas se hace a las necesidades y problemas de un determinado medio o de una determinada época, etc. Es éste el caso de ideas filosóficas muy generales que informan los principios de una constitución, que proporcionan los fundamentos ideológicos de una doctrina o un cam-

bio político, que alientan en la base de una reforma educacional, etc. Influencias de esta naturaleza son muy frecuentes en la historia de los países latinoamericanos, aunque, por supuesto, no son privativas de ellos. Este es, según interpretamos, el sentido de la distinción aludida, distinción real, pero terminológicamente poco feliz. Pero la distinción sirve al autor para establecer que el "pensamiento" es una forma particular de conocimiento que participa de la filosofía y la ciencia, pero no se confunde con ellas; y para hablar de una transición (en la historia ideológica argentina) del "pensamiento" a la filosofía y la ciencia, y de un "pensamiento" que se va transformando (al llegar la época positivista) en filosofía y ciencia. La distinción se convierte así en una especie de hipóstasis del "pensamiento", al cual, a nuestro juicio, no hay ninguna razón para dar una consistencia de tal naturaleza. Lo que hay, humildemente y en concreto, es la existencia de algunos políticos, escritores, ideólogos, pensadores o como se les quiera

llamar, que poseen ideas filosóficas, que las asimilan más o menos personalmente, y que luego las aplican a los problemas que enfrentan (problemas prácticos más que teóricos) y a la interpretación de la propia historia. Esto es lo que hacen un Sarmiento o un Eche-

verría, por ejemplo, y con ello no ejercitan ninguna forma especial de conocimiento que luego se transforme en ciencia, en filosofía o en cualquier otra cosa. Lo que viene después es una mayor especialización: aparecen los hombres dedicados a la filosofía o a la ciencia con relativa o absoluta exclusividad. La filosofía está presente en los primeros en forma que a la historia de las ideas corresponde desentrañar. Esta recepción y aplicación de ideas filosóficas (por lo demás mezcladas con ideas políticas, sociales, económicas, etc.) es un fenómeno histórico que debe ser estudiado como tal, pero que no da lugar a la formación de una nueva entidad abstracta que obre luego en la reconstrucción histórica como una categoría especial de la interpretación.

El segundo tenía de la introducción a que nos referíamos es una discusión sobre las interpretaciones del pensamiento hispanoamericano a partir de categorías político-sociales (a las que el autor denomina interpretaciones "sociológicas" y, en algunos casos, "imputaciones" sociológicas). Estima Ricourte Soler que los estudios sociológicos sobre la época no autorizan todavía a esa clase de interpretaciones y, en razón de ello, opone reparos a varios autores; pero mientras incluye entre éstos a Leopoldo Zea, por ejemplo, por afirmar

que las burguesías hispanoamericanas encontraron en Darwin y Spencer la justificación teórica de sus intereses en otra parte el propio autor afirma que "el positivismo argentino tiene, pues, una significación social y política en la medida en que puede ser considerado como la culminación teórica de las fuerzas sociales que determinaron la formación del Estado liberal burgués y democrático" (p. 58). Afirmaciones de este tipo se repiten, por lo demás, a lo largo del libro; y no las mencionamos por su contenido en sí, sino porque, en nuestra opinión, guardan una relación contradictoria con las afirmaciones anteriores del autor.

La primera parte del libro se ocupa de las expresiones filosóficas del positivismo argentino. En el capítulo 1 se exponen los antecedentes del movimiento positivista. Soler se ocupa en primer lugar de la ideología, apoyándose en la bibliografía corriente sobre el tema. Más adelante encontramos la acertada inclusión de referencias sobre Amadeo Jacques y su actuación anterior a su enseñanza en el Río de la Plata. Luego se ocupa de la influencia del eclecticismo, pero solamente hace mención de Adolfo Alsina, sin aludir a la influencia del eclecticismo sobre Alberdi, por ejemplo. El influjo del eclecticismo francés estaría vinculado, según

Soler, con "el impulso adquirido por el catolicismo durante las décadas de 1860 y 1870" (p-51). En cambio, el positivismo continuaría la línea "progresista" de la ideología y de la Revolución de Mayo. Habría que aclarar, sin embargo, que también fueron "progresistas" algunos que fueron influidos por el eclecticismo, como por ejemplo Alberdi.

El positivismo es relacionado luego con el desarrollo de la ciencia en la Argentina, especialmente de la biología, y se hace especial referencia a las relaciones entre la labor científica y las ideas filosóficas de Ameghino. También toma en cuenta el autor el desarrollo de las ciencias naturales para explicar el "asincronismo" del positivismo argentino con respecto al europeo.

Los capítulos segundo y tercero son los principales de la primera parte. En el segundo estudia Soler las ideas filosóficas o cosmológicas que Ameghino expuso en *Mi Credo*; los escritos filosóficos y psicológicos de Carlos Octavio Bunge; algunos trabajos de Mouchet y Christofredo Jakob; y los estudios psicológicos de Rodolfo Senet. También es atinada la preocupación del autor por señalar las relaciones de influencias entre estos autores. Sin embargo, a nuestro juicio las magnifica en algunos casos. Estimamos que la principal influencia es, en cada caso, la

europaea, y que generalmente es secundaria la influencia del antecedente vernáculo. Lo mismo creernos que es aplicable a Ingenieros, objeto de extensa exposición en el tercer capítulo. El autor expone largamente el contenido de Principios de Psicología, de Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía y de Emilio Boutroux y la Filosofía Universitaria en Francia, entre otras obras.

La segunda parte estudia lo que el autor denomina el "pensamiento sociológico". Como la primera., esta parte comienza con una exposición de los orígenes de las doctrinas "sociológicas" del positivismo argentino. Se remonta, en [consecuencia al](#) siglo XIX, especialmente a la generación "romántica". Se refiere luego a la generación de 1880 y a la influencia del positivismo penal italiano. Se ocupa también de un aspecto actualmente un tanto descuidado de la producción intelectual del período: la influencia del positivismo y el naturalismo en la historiografía. A este respecto, examina las interpretaciones de Francisco Ramos Mejía en El Federalismo Argentino y la obra de José María Ramos Mejía, refiriéndose especialmente a Rosas y su Tiempo y Las Multitudes Argentinas, señalando la influencia de Lombroso sobre este último autor. Se refiere también á José Nicolás

Matienzo y sus relaciones con las doctrinas de Spencer.

Mayor extensión dedica el autor a Carlos Octavio Bunge, a quien considera "uno de los teóricos más importantes del biologismo sociológico" (p. 186) La exposición de Bunge se basa básicamente en Nuestra América y El Derecho. Analiza luego los escritos sociológicos de Ingenieros, cuyos fundamentos encuentra en el "biologismo" y la "interpretación materialista de la historia". Finalmente, hace una breve referencia a la sociología enseñada posteriormente en la Universidad, que marca ya el descenso de la influencia positivista.

El último capítulo se dedica a las doctrinas éticas del positivismo argentino. Soler se ocupa aquí, en primer [lugar de](#) algunos escritos de Agustín Alvarez. Analiza también las ideas éticas de Alfredo Ferreira., la figura más saliente de la "escuela de Paraná". Como en capítulos anteriores, Bunge e Ingenieros vuelven a tener en éste papel protagonista. Finalmente, alude el autor a la obra historiográfica de Ingenieros (La Evolución de las Ideas Argentinas) y a las relaciones entre el positivismo y el socialismo argentinos. En este sentido, destaca acertadamente los nexos que unieron (en los autores mencionados y en otros, como Juan B. Justo) al

liberalismo democrático con el marxismo y el cientificismo.

El texto se complementa con una extensa y útil bibliografía y un índice de nombres.

Este libro es, ante todo, oportuno. Como adelantamos, es el primero que abarca el tema en su conjunto. Es, además, de evidente utilidad: contiene numerosos datos, abraza una amplia perspectiva, utiliza una extensa bibliografía, examina asuntos anteriormente descuidados y abunda en conclusiones. No puede considerarse, sin embargo, un libro claro: no lo es ni en la exposición de ciertas tesis, ni en la redacción de numerosas conclusiones, ni en el estilo en general. Esta es una de las principales razones por las cuales esta obra, a pesar de su innegable utilidad, deja lugar para nuevos intentos, monográficos o de conjunto.

Finalmente, conviene desta-

car un hecho que, aunque no único, se suma a los méritos del autor, y tiene un significado más general. Es interesante ver generalizarse la tendencia a considerar, en cada rama de la investigación, los problemas americanos como un todo, abandonando las visiones estrechas, cuando no provincianas. Tal es la significación que tiene la circunstancia concreta de que un investigador panameño atienda una laguna bibliográfica del pensamiento argentino (y no ya de un autor, sino de toda una época), significación que, va de suyo, no reside en la vinculación que tiene con los dos países del caso, sino en lo que supone como actitud.

Juan Carlos Torchia-Estrada
Unión Panamericana,
Washington, D.C., U.S.A.

Notas Críticas sobre la Exposición del Pintor Alberto Dutary en Washington

WASHINGTON POST, Washington, D. C., Domingo, Enero 22, 1943-

Por Leslie Judd Ahiander

La Unión Panamericana está ofreciendo en sus salones la exposición de los trabajos del talentoso y joven pintor panameño Alberto Dutary. Aunque hay desigualdad, esta tiene una riqueza, y un color poco común. El abstraccionismo alterna con composiciones figurativas y delicados dibujos. El artista, quien en un tiempo

campeó por los terrenos del arte abstracto, han retornado recientemente a lo figurativo, el que se mantiene abstracto el, Dutary, debido a una falta de particularización de la figura. A su debito hemos de señalar el abuso del blanco, que tiende a destrozarse la sutileza de su color.

LA PRIMERA EXPOSICION DE DUTARY

THE SUNDAY STAR, Washington, D. C., January 29, 1961.

Por Florence S. Berryman

(Crítico de Arte de "The Star")

"Resulta curioso observar que en áreas diametralmente separadas del globo aparecen artistas, ya agrupados, ya en forma individual, con una meta única: la reincorporación de lo figurativo a la pintura"; así reza el catálogo de la Unión Panamericana, que presenta a Alberto Dutary, un joven artista cuya primera exposición en Los Estados Unidos se puede admirar hasta el martes. (Hoy estará abierto el salón

de 1 a 5; mañana y el martes de 9 a 5.)

La Unión está presentando a la consideración de los amantes de la pintura, apreciable cantidad de artistas que han vuelto por los fueros del arte figurativo, de regreso de sus exploraciones por los campos del abstraccionismo, tal como lo está haciendo el Sr. Dutary. El regreso de éste, sin embargo, se particulariza por la cautela casi extrema y el visitan-

te deberá observar cuidadosamente si quiere discernir imágenes identificables en las pinturas y en los cuadros del pintor panameño. Las imágenes representan cabezas reminiscentes del arte pre-colombino, que emergen de una cordillera de pigmentos a las que se ad-

hieren fragmentos cuadrados y partículas de productos textiles. Las imágenes se presentan borrosas, de relieves romos, y aunque se utiliza el rosa, el azul, y otros colores con el negro y el blanco, el efecto general es sombrero.

ALBERTO DUTARY, DE PANAMA, OLEOS Y DIBUJOS.

Por José Gómez Siete

Resulta curioso observar que en áreas diametralmente separadas aparecen artistas ya agrupados, ya en forma individual, con una meta única: la reincorporación de lo figurativo a la pintura. Este movimiento, más que una reacción de tipo internacional contra la prevaleciente y generalizada corriente abstraccionista, es el fruto de la madurez de quienes han conquistado absoluta libertad en el manejo del medio a través de la búsqueda de formas abstractas de textura y de conceptos atrevidos.

Este es el caso del panameño Alberto Dutary. Representante de la más reciente generación artística de su país, hizo su aprendizaje en España, donde también se inició en el ejercicio de la profesión, una vez superada su primera tendencia al abstraccionismo. Sin embargo, poco a poco empezó a presentar en sus composiciones materia fácilmente identificable con el arte pictórico figurativo, particularmente con

formas humanas. La resultante de esta nueva visión de la pintura con acento en lo humano es muy compleja, a veces hasta criptográfica, pues el artista busca descubrir el mundo a la luz de los conocimientos atesorados en su diario bregar por el caos poético del abstraccionismo.

Dutary nació en 1932 en la ciudad (le Panamá. Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes durante el bienio 50-51. Luego viajó a Madrid donde se matriculó en la Academia San Fernando, y con la subsiguiente experiencia que representó el trabajar en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, de regreso a su país natal, fue nombrado profesor de pintura en la Zona del Canal. Dutary ha participado en exposiciones colectivas en España. En 1959, llevó la representación de su país al Primer Salón de Barranquilla, Colombia. Una de sus trabajos fué incluido en la importante colección "US COLLECTS PAN AMERICAN

ART" (Colección de Arte Panamericano de los Estados Unidos), montada en el Instituto de Arte de Chicago. Su primera exposición individual ocurrió en la Sala Serral de Madrid en 1957, y fue enviada en gira el año siguiente al norte de España, en donde sus cuadros fueron admirados en un

gran número de ciudades. En 1958 en los salones de la Cámara de Comercio de Panamá, presentó su primera exposición a sus compatriotas, y en 1959 lo hizo con otros cuadros en la Universidad de Panamá. El año pasado montó una tercera colección en los Salones del Museo Nacional de esa capital.

Notas. Sobre Rogelio Sinán

SEMANA SANTA EN LA NIEBLA

por

LUIS ALBERTO SANCHEZ

NIVEL, No. 15, México, Marzo 25, lisis

ROGELIO BINAN es, sin duda, el mayor poeta panameño del presente. Pertenece a una generación que dio excesivos frutos de bohemia; pocos, de creación perdurable. Sinán mismo pagó su tributo al funambulesco destino de su tiempo.

Viajó, como d'Halmar y como Neruda, largo tiempo por Asia. Vivió años en Roma. Con su aire de fakir, morenísimo; más bien enjuto; de cabeza grande; ojos penetrantes y vivos; suave sonrisa quieta en el rostro sereno; por lo general, cruzado de brazos; en gesto de espera; incapaz de romper a hablar sin motivo; buen bebedor sin estridencias; pausada la parla; amigo del silen-

vio y de oír a los otros; -éste nació poeta. Hace un par de años publicó una novela rara. poética de principio a fin. Plenilunio, en donde ocurren muchas peripecias verbales. Ahora lanza Semana Santa en la niebla, colección de 25 octavas, formadas de peculiar modo, distribuidas, casi siempre digo: casi- en dos cuartetos de versos alejandrinos con asonancia alterna, aunque a veces se burla de la asonancia y continúa su camino burlando el escollo de la rima imperfecta.

Sinán ratifica su índole mística. Suele dejar traslucir lecturas y predilecciones místicas, ornadas de un evidente amor a lo foráneo. Hay muchas re-

miniscencias hebraicas. Versos a la Samaritana, menciones de Judea, un atuendo que evoca el de los románticos o el de aquellos otros románticos que fueron los decadentes de fines del siglo XIX, cuando hastiados de Europa e ignorantes de América, los poetas volvían a pulsar motivos de Grecia., Egipto y Tierra Santa.

Hay, desde luego, en este libro

algunas presencias inevi-tables. No se advierte la huella de García Lorca. Pero, Sinán se libra del prestigio exótico en gracia a su propia inspiración. Carece de toda propensión jaculatoria, de suerte que se tiende en un blando cántico a la vida, sin alardes

esperanzados, ni clamores de angustia desmedida.

No es frecuente en el trópico tal clase de poesía. Sinán desecha el pictoricismo y acendra lujurioso sus íntimos mirajes. De ello resulta una poesía sobria y tersa, más de clásicos que de románticos, pese a su tremor consustancial.

Tengo, sí, el presentimiento que, pese a la divulgación de Sinán -quien fue mi huésped en Lima y ha recorrido Chile y Ecuador-, hace falta reforzar su empeño, extendiendo el conocimiento de su poesía. A eso tienden estas líneas, mera recordación al gran público de que Sinán es el nombre de un gran poeta americano.

ROGELIO SINAN

Por

MAURICIO DE LA SELVA

(Excelsior - Suplemento Literario,
México, Domingo 27 de Enero; 1957).

ROGELIO SINAN, es el nombre literario de Bernardo Domínguez Alba, quien nació en la isla de Taboga, Provincia de Panamá, el 25 de abril de 1904. El seudónimo tiene su origen en la siguiente descomposición: Rogelio es el nombre de su padre, y Sinán, es la conjunción de la primera sílaba de Sinaí (monte-bíblico), y la segunda de Renán, autor que

por ese tiempo ha influido mucho en el poeta.

Sinán cuenta con diecinueve años cuando gana con un cuento el Concurso de la Federación Estudiantil de Panamá. Poco después se recibe como bachiller, en el Instituto Nacional. El año 1925, se encuentra ya en el Pedagógico de Santiago (le Chile, y además de sus estudios, atiende a la amistad

suya, con los intelectuales chilenos (Tomás Lago, Rubén Azócar, González Vera, Gerardo Seguel, etc.), que forman el grupo de amigos de Pablo Neruda. Como simple curiosidad, es bueno reparar en que Rogelio Sinán escribe su primer poema dos días después de haber conocido a Neruda, se trata de un soneto que empieza por los tercetos y del que dice que no recuerda "si se llamaba soneto invertido o soneto al revés". En Chile, Sinán sólo reside un año y medio.

El entusiasmo de Gabriela Mistral al hablarle de las letras italianas y su "gran interés -expresa Sinán-, de ir a Italia para aprender italiano y leer la Divina Comedia", son los elementos determinantes en su viaje a Europa. El año 26 regresa a Panamá y sale de nuevo con rumbo a Italia. Estará aquí hasta 1930, no sin antes publicar en 1929, su primer libro de poesía, titulado: Onda. Estos años quedan repartidos entre la Universidad

de Roina, sus lecturas de Bo-caccio, Petrarca, D'Annunzio, Saechetti, Bandello "estos dos últimos -sostiene-, son la mina de Shakespeare, pues de ambos saca sus mejores argumentos"; también conoce el Teatro 2.000 de Marinetti, el Teatro Experimental de Braggia, y el Teatro del Arte, de Pirandello.

En 1930, en su patria, sirve como profesor de Literatura y

Estética. Del 30 al 31 vive el París, casi en la miseria; escribe entonces su cuento A la orilla de las estatuas maduras que sena traducido al inglés y aplaudido por más de un crítico. El año 32 recoge la cátedra abandonada en Panamá, sirviéndola hasta 1937, mismo en que crea el teatro panameño al presentar su obra de carácter infantil:



Panamá en la India, le impresionó la personalidad de Gandhi, y le interesan, también: "Tagore, con sus ballets ejercitados por los alumnos de su "escuela, donde la enseñanza tenía base sólida en la apreciación estética, y Nehru, que nos confiesa-, me deslumbra cuando lo oigo dirigirse al Partido del Congreso en un discurso que pronunció en cinco idiomas". Sinán estuvo en Calcuta hasta el año 39.

De 1940 a 1947, el poeta labora en su tierra; cubre de nuevo su antigua cátedra, crea el Departamento de Bellas Artes, lo dirige: luego, con raquíticas posibilidades económicas se lanza a presentar obras de tipo experimental y folklórico en el teatro La Barraca, al que denomina así en honor de Federico García Lorca; dirige la Revista de Agricultura; el 44 publica su libro de poemas: Incendio; el 46 y 47 publica otros dos títulos: Todo un conflicto de Sangre, y Pos Aventuras en

el Lejano Oriente, ambos figurarán entre los veinte tomos de la también fundada por él: Biblioteca Selecta, la cual, es una especie de antología del cuento panameño; el 47 edita su novela Plenilunio, que anteriormente: ha ganado el concurso Nacional de Panamá; el mismo año emprende una gira por países de Suramérica y sirve conferencias en Perú, Chile, Argentina y Uruguay.

En 1948 da una nueva cátedra: Literatura, en la Escuela

Dramática. En 40 gana el premio de poesía en Panamá, y publica el libro ganador: Semana Santa en la niebla. El 40 es invitado por Miguel Angel Asturias para ir a Guatemala, aquí, el ex-Presidente Arévalo lo apoya en su idea de fundar una Asociación Centroamericana de Escritores y Artistas, favoreciéndole en su gira por los países centroamericanos, para fundar las filiales respectivas.

En 1948, se hace en México la segunda edición de Plenilunio- Sinán llega al Distrito Federal huyendo de algunas molestias de tipo político. En México obtiene el Premio de Cuento, que patrocina El Nacional. Sinán torna a su tierra, después de la muerte del ex-Presidente Remón. A los seis meses viene como segundo secretario a la Embajada de Panamá en México, siendo ascendido a primero, el año 1956, cargo que en la actualidad todavía desempeña.

Difícil resulta en el caso de la poesía de Sinán, aventurar una opinión en cuanto a la influencias decisivas que la han rodeado; el problema reside en que ellas se cruzan en una forma bastante rica y definitiva, corriéndose el riesgo de rayar en error al intentar una separación de lo original y lo influido. Por eso, para distinguir la creación auténtica y poder notar los vientos que por el camino le han ido nutriendo, será mejor buscar cualquier deslinde en los orígenes del poeta.

Sinán nos ha dicho que no recuerda nada del soneto escrito en Chile; sin embargo, se puede asegurar que aparte del corte clásico que representa el marco del soneto, el contenido es un producto del contacto del Poeta con la poesía vanguardista chilena.

Más tarde, al partir a Italia, Sinán irá tropezando con los significados de los distintos autores italianos, tal vez no acatará, fielmente el consejo de Gabriela Mistral, de perderse entre las Florecillas de tal forma, que dirá: "es el libro que más me ha impresionado en la vida". Y que por lo tanto le ha ayudado junto con los poetas bíblicos a ciertas concepciones estéticas de invención. Su más reciente libro de poemas: Semana Santa en la Niebla, está construido esencialmente con elementos bíblicos, pero este libro no es re-

ligioso o bíblico, como podría creerse, no, además del título general y los títulos de cada poema que únicamente han originado los temas, el sentido poético de Sinán lo ha llevado a edificar toda una alegoría de tipo parabólico pagano; el texto de los poemas es pagano y tropical; Cristo para el poeta panameño es el sol; la vida, pasión y muerte que describe es la del astro que nace y muere en nuestras tierras, influenciando de paso a la materia terrestre que se relaciona con él; sirvanos de ejemplo uno de los veinticinco títulos: El hijo pródigo, donde se lee: "Lamiendo tierra, arena, raíces y bazofias, -tumbo a tumbo al origen precipitase el río. -Los oros dell poniente despilfarro en cabriolas - de ondulante premura

por liquidar su opimo - caudal de margaritas y alas de mariposa. - Vuelve enjuto, lodoso, pordiosero de estío, - y, añorando caricias de paternales olas, - arrójase en el seno del Mar, arrepentido". Claro queda aquí el paralelismo de temas. Cualquier río tropical es pródigo en su caudal durante el invierno, luego, en verano, se convierte en insignificante riachuelo, echándose finalmente en los brazos de su padre el mar, la misma técnica se despliega en los demás poemas del libro: en Las bodas de Canaan. Rogelio Sinán expresa que el sol (Cristo tropical), hace el milagro de convertir el agua en vino, cuando por la tarde con sus rayos enrojece el mar.

Presentación al Estreno de "La Perrera"

De José de Jesús Martínez

por

ANTONIO BUERO VALLEJO

José de Jesús Martínez vino a estudiar a Madrid hace unos años y me envió un libro donde reunía tres obras de teatro: La Mentira, La Perrera y La Venganza, Un libro que me dejó muy pensativo y que le elogí con mi mayor sinceridad. Nos vimos. Seguimos tra-

tándonos desde entonces. Es uno de los hombres más auténticos que nunca haya conocido. Pero estas líneas no deben presentarlo a él, sino a su obra. Presentación, en realidad, ficticia, pues entre los que asistan al estreno de La Perrera habrá quienes recuer-

den el de La Mentira. El panameño Martínez nació a la vida de las tablas el 17 de febrero de 1955, día en que esa obra se estrenó en el Instituto de Cultura Hispánica por un grupo de estudiantes sudamericanos. Desde la lectura del libro eran ya para mí evidentes sus singulares condiciones de dramaturgo, corroboradas limpiamente en aquella representación. La Mentira desarrollaba uno de los más audaces y patéticos juegos del pensamiento que se hayan podido ver en un escenario. Y mediante una construcción teatral sorprendentemente segura en aquella obra primeriza, sobre todo si tenemos en cuenta la gran dificultad de articulación escénica del hondo y sutil terna que encerraba.

Con tema no más humano, aunque algo más directo, y con parejas dificultades para su expresión escénica airoosamente resueltas, La 'Perrera, que en el libro juvenil de Martínez sólo tenía un acto, sube hoy al escenario convertida en un drama de normal extensión. No debo, aquí, revelar nada: el experimento escénico que el autor ha abordado en esta obra requiere las sorpresas iniciales' y la lenta, intrigada penetración del espectador en la lógica profunda de sus efectos. La Perrera se encuentra dentro de esa preocupación por la expresión escénica del tiempo como factor dramático que ha da-

do algunas de las obras fundamentales de Lenormand, Priestley y otros. ¿Era posible encontrar aún, después de tales hallazgos, alguna nueva variante en el entendimiento escénico del tiempo? Lo era, y, que yo sepa, es Martínez quien, rigurosamente, la ha [encontrado](#). Mas con ser esto importante, no es el único mérito de La Perrera, cuya original fórmula constructiva adquiere justificación y sentido precisamente al servicio de la humana historia que nos relata. Adecuación estricta, pues, entre la forma y el contenido: teatro, en la más redonda acepción de la palabra, que busca esenciales intuiciones. Tras él late, como tras el resto de la corta labor de Martínez, el anhelo de revelar algo del enigma que envuelve a los hombres y a las cosas. Para decirlo con palabras de cierto libro suyo de poemas -Tres lecciones en verso- :

De la misma manera, primavera,
que tú fecundas árboles helados,
oscuros, olvidados, silenciosos,
pero nunca al invierno donde
(estaban.
asi el hombre también fecunda
(cosas
que dormían bajo otro invierno
(como
helada sombra de callado olvido,
pero nunca al misterio donde
(estaban.

que el misterio no es cosa, sino
(casa,
amplia estación, como el in-
vierno es.

En esta doble casa, teatral-
mente enigmática, de La Pe-
rrera, hay algún momento en
el que los protagonistas, al aso-
marse a su ventana, ven a al-
guien en la ventana frontera.
Alguien muy distante, pero
-también muy allegado. Yo de-

seo a José, de Jesús Martínez
que se asome muchas y prove-
chosas veces a la ventana
abierta al mundo que es su
obra literaria y que un día,
cuando lo haga, encuentre en
otra misteriosa ventana fron-
tera, aprobadora y sonriente,
la faz de indio, tan semejante
a la suya, de Rubén.

Antonio Buero Vallejo